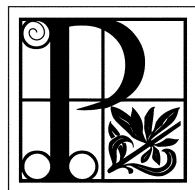


Envuelta en la noche

Karen Chance



Traducción de Eva Iluminada Fernández Luzón



PANDORA

Libros publicados de Karen Chance

La saga de Cassie Palmer

1. El aliento de las tinieblas
2. La llamada de las sombras
3. Envuelta en la noche

Próximamente:

4. *Midnight's Daughter*

Título original: *Embrace the Night*
Primera edición

© Karen Chance, 2008

Ilustración de portada: © Larry Rostant

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-497-7 Depósito Legal: B-27395-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 9

A Tracy Amber Lewis



Un ángel desconsolado se hizo añicos convirtiéndose en una estela de polvo gris y lanzando sus alas en dos direcciones. Tardé un segundo en darme cuenta de que no estaba muerta, y entonces me lancé al lado de un obelisco cercano. Me aplasté contra el suelo, sintiendo el barro filtrándose en mi ropa ya empapada, mientras una descarga de tiros hacía saltar chispas del granito que había por encima de mí. Empecé a sospechar que quizá esto de hacer de *Tomb Rider* no era tan divertido como me esperaba.

Pero bueno, esa estaba siendo la historia de mi vida últimamente. Una cadena de eventos, que se podrían clasificar muy desinteresadamente como desastres, me habían dejado con el puesto de pitia, la principal vidente de la comunidad sobrenatural. El Círculo Plateado, un grupo de usuarios de la magia de la luz, había esperado que uno de sus dóciles acólitos heredara el cargo, ya que siempre había sido así desde hacía ya unos cuantos miles de años. La verdad es que no les había hecho mucha gracia que me entregaran el poder a mí en vez de a ellos: Cassie Palmer, clarividente inexperta, la protegida de un líder de una banda de vampiros y conocida cohorte de un mago de la guerra renegado.

Algunas personas no tienen ningún sentido de la ironía.

Los magos habían expresado su descontento y habían intentado enviarme a que explorara el gran misterio de lo que nos depara el futuro después de la muerte. Como a mí no me interesaba mucho la idea, había estado intentando permanecer bajo su radar, pero parecía que no lo estaba haciendo demasiado bien.

Decidí intentar cubrirme mejor al lado de una cripta, y fue a medio camino de allí, cuando algo que se parecía a un mazo me golpeó y me tiró al suelo. Un rayo cayó en un árbol cercano y llenó el aire de chasquidos eléctricos, haciendo salir serpientes azules y blancas que reptaban siseando sobre una maraña de raíces al aire. Dejó el árbol partido a la mitad y ennegrecido por el centro como si fuera leña antigua; el aire estaba inundado de ozono y mi cabeza a punto de estallar al ver de la que me había librado. Por encima de mí, un relámpago

cruzó inquietantemente el cielo, una parte perfecta de efectos especiales que habría apreciado mucho más en una película.

Hablando de ironía, sería realmente divertido que la Madre Naturaleza consiguiera matarme antes de que el Círculo tuviera esa oportunidad. Me arrastré a tientas hacia la cripta, indefensa y cegada por la noche, intentando borrar las imágenes de lo ocurrido. Al menos descubrí por qué las culatas de las pistolas están forradas: para que cuando la palma de tu mano esté sudando por ese terror tan absoluto, aún te las puedas apañar para agarrarla.

Mi nueva nueve milímetros no encajaba tan bien en la mano como la anterior, pero me estaba familiarizando rápidamente con el peso. Al principio había decidido que estaba bien llevarla mientras disparara solo a los tipos malos sobrenaturales que ya me estuvieran disparando. Más tarde, había tenido que ampliar esa definición a cualquier momento en que mi vida estuviera en peligro. En ese momento me inclinaba hacia una postura más amplia, a una mezcla entre «defensa proactiva» y «los bastardos se lo tienen merecido»; y, si sobrevivía bastante tiempo, tenía la intención de culpar a mi compañero trastornado por pegarme su trastorno.

Encontré la cripta al rasparme la mejilla contra la áspera piedra calcárea del exterior del foso. Agudicé el oído, pero no había señal de mis atacantes. Una lluvia de disparos sonaba contra un sendero cercano, rebotaba en los adoquines y salía volando en todas las direcciones. Vale, no había otra señal aparte del hecho de que alguien seguía disparándome.

Me abracé a la pared y me dije a mí misma que no debía reaccionar de forma exagerada y desperdiciar balas. Ya había lobotomizado a un cupido después de que una ráfaga de viento lanzara algunas hojas por delante de él, dando la sensación fugaz de que se había movido; y eso había sido con el resplandor de una luna casi llena. Pero ahora era peor ya que el viento había traído nubes oscuras y la salpicadura de la lluvia hacía imposible escuchar los pasos silenciosos.

Por fin se detuvieron los disparos, pero todo mi cuerpo continuaba temblando, hasta el punto de que dejé caer el cargador de reserva que había sacado del bolsillo. Al antiguo aún le quedaban bastantes balas, pero no quería quedarme sin ellas en un momento crucial. Otro disparo golpeó al cupido que había decapitado, rozando una de sus pequeñas nalgas. Me estremecí y mi pie golpeó algo que salpicó en un charco. Me puse de rodillas, buscando a tientas en la hierba e intentando maldecir por lo bajo.

—Un poco a la izquierda. —Me giré, levanté la pistola, tenía el corazón acelerado, pero el hombre con el pelo oscuro que estaba apoyado en una fuente recubierta de musgo no parecía preocupado. A lo mejor porque ya no tenía un cuerpo por el que preocuparse.

Me relajé un poco. Fantasmas con los que podía tratar; los había estado esperando. Père Lachaise no es el cementerio más antiguo de París pero es enorme. Tuve que agudizar mi visión para ser capaz de ver algo detrás del resplandor verde de miles de huellas de fantasmas, entrecruzando el paisaje como una loca tela de araña. Había sido la razón principal por la que no había dejado venir a mi ayudante fantasmagórico. Billy Joe podía ser un pesado, pero la verdad es que no quería servírselo como aperitivo de mediodía a un montón de fantasmas hambrientos.

—Gracias.

—Eres estadounidense.

—Ah, ¡sí! —Una bala golpeó contra una reja de hierro que había al lado y me estremecí—. ¿Cómo lo sabes?

—Querida... —Miró con mordacidad mis vaqueros llenos de barro, las playeras que una vez habían sido blancas y mi camiseta gris empapada. Esto último había sido una compra impulsiva de hacía unos días, algo que ponerme para hacer prácticas de tiro para recordar a mi exigente entrenador que aún era una principiante en eso. Su ocurrencia de «No tengo licencia para matar, tengo un permiso para aprender» ahora me estaba empezando a parecer realmente irónica.

Lara Croft habría llevado algo un poco menos cubierto de barro y su pelo hubiera tenido un estilo sexi, estaría apartado y se le podría ver la cara. Mi propia mata de pelo rizada estaba en una fase en la que era muy larga para poder apartarla y demasiado corta para poder amarrarla en una cola de caballo. Como resultado, tenía pelos rubios húmedos cayéndome sobre los ojos y pegados a las mejillas, aparte de una falta total de estilo.

—Cuando los buenos estadounidenses mueren, van a París —dijo el fantasma, después de darle una calada a un cigarrillo—. Pero tú no estás muerta. Supongo que la pregunta debe de ser otra... ¿Estás bien?

Mi mano se cerró finalmente sobre el cargador y lo metí en la pistola de un golpe. Le inspeccioné disimuladamente, preguntándome qué respuesta sería la que probablemente me ayudaría más. Me llamó la atención la chaqueta larga de terciopelo, la corbata de seda y su sonrisa indolente.

—Depende de a quién preguntes.

—Prevaricación, ¡divino! Siempre me llevé mejor con los pecadores.

—Entonces, a lo mejor puedes decirme cuánta gente hay ahí fuera.

Otro fantasma apareció lentamente, llevando solo unos pantalones vaqueros azules de tiro bajo. Me resultaba vagamente familiar, con el pelo castaño a la altura de los hombros, rasgos clásicos y una leve expresión de mal humor.

—Sobre una docena. Acaban de disparar a mi horrible monumento conmemorativo.

El fantasma más mayor se sorbió la nariz.

—Seguro que tus legiones de admiradores levantan otro en menos de una semana...

—¿Qué le voy a hacer si soy popular?

—Y luego procederán a destruirlo, y todo en las inmediaciones.

—¡Eh! ¡Tranquilo!

El fantasma más mayor se enfadó.

—No me hables de estar tranquilo, ¡pretendiente absurdo! ¡Yo era tranquilo! ¡Yo era la personificación de lo tranquilo! A efectos prácticos, ¡yo inventé la palabra tranquilo!

—¿Podéis los dos no hablar tan alto? —pregunté agudamente. El sudor me caía por un lado de la sien y se me metió en el ojo; quemaba. Pestañee para quitármelo y observé unas cuantas sombras moviéndose cada vez más cerca. Solo existían al borde de mi visión, y parecía que desaparecían siempre que las miraba directamente. Luego un hechizo explotó por encima de mi cabeza, iluminando la zona como si fuera una bengala y ofreciéndome una vista clara. El arco gótico que había por encima resonó con tiros, haciendo que pedazos de mampostería se desmoronaran sobre mí mientras me ponía debajo.

—¡Esto es ridículo! Sois peores que los locos que Kardec atrae. —Los fantasmas me habían seguido, claro.

—¡Místico, ja! El hombre que ni siquiera ascendió, pero siempre hay alguien rezando o cantando o cubriéndole con flores.

—Él creía en la reencarnación, tío. A lo mejor ha vuelto.

Me abrí camino por una telaraña larga y conseguí no resbalar en las losas de piedra que estaban resbaladizas por la lluvia y por las hojas putrefactas.

—¡Callaos! —susurré enfadada.

El fantasma más mayor se sorbió la nariz.

—Por lo menos los místicos no son maleducados.

Miré hacia abajo a los borrosos garabatos que se suponían que eran un mapa e intenté ignorarlo. Hubiera sido más fácil si no hubiera estado empapada y mugrienta y si la cabeza no me hubiera estado latiendo con tanta intensidad. Realmente quería salir de allí. Pero gracias a cierto tortuoso líder vampiro, esa no era una opción.

Estaba merodeando un cementerio en plena noche, esquivando perros de seguridad, rayos y magos de la guerra enloquecidos por un hechizo conocido como el *geis*. El vampiro en cuestión, Mircea, me lo había lanzado hacía años, sin preocuparse de que yo le diera permiso o incluso sin recordar mencionar que lo había hecho. Los vampiros expertos son así, pero en este caso, podría haber sido más por su arrogancia habitual que por su olvido.

Por un lado, el hechizo me proporcionaba protección mientras crecía: me señaló como suya, lo que significaba que ningún vampiro sano me tocaría ni

se acercaría a mí. Por otro lado, estaba diseñado para asegurar lealtad a una sola persona: lealtad exclusiva, completa y total. Ahora que los dos ya éramos adultos, el hechizo quería unirnos a Mircea y a mí juntos para siempre y no entendía que yo no colaborara. Ese era un problema, ya que había conocido a gente que se había vuelto loca por esto, incluso se había suicidado antes que vivir con el dolor constante y corroyente que era una de las trampas del hechizo cuando fallaba. Pero quedarme sentada disfrutando del paseo tampoco era una opción.

Si alguna vez el vínculo se formaba completamente, nuestras vidas estarían dirigidas por el compañero dominante, y no tenía duda de que ese sería Mircea, dejándome estancada como su pequeña esclava ansiosa. Y ya que él era un miembro acreditado del Senado vampiro, el organismo rector de todos los vampiros norteamericanos, sin duda yo también acabaría haciendo sus recados. El pensamiento de lo que podrían ser algunas de esas solicitudes era suficiente para que me entrara un sudor frío. Era lo que el Círculo temía: la pitia bajo el control de los vampiros. Y mientras yo no estuviera a favor de su método de evitarlo, les podría dar la razón de mala gana: sería un desastre.

Convertirme en pitia me había transformado en un objetivo para cualquiera de la comunidad sobrenatural a quien le atrajera el poder; en otras palabras, a casi todos, pero había ganado algo de tiempo siempre y cuando el hechizo estuviera involucrado. Cuánto, no lo sé. Significaba que realmente necesitaba ese contrahechizo. Y según los rumores, el único grimorio que contenía una copia estaba enterrado en algún lugar cerca de aquí.

Claro que ayudaría bastante si pudiera leer el maldito mapa. Lo miré fijamente, pero la única iluminación era la luz de la luna que se filtraba a través de los restos de la que una vez había sido una vidriera preciosa. La mitad de una Virgen sentada miraba hacia afuera, hacia un cielo gris marengo, en el que el resplandor de los relámpagos perfilaba las capas de las nubes de vez en cuando. Tenía una linterna, pero encenderla solo me haría mucho más...

Algo arremetió contra mí.

—No dispaes —susurró un hombre.

Olía a sudor, metal y suciedad; todo eso unido a un chisporroteo nervioso de energía estática que era prácticamente su firma. Encendí la linterna y vi lo que esperaba: una descarga de pelo pálido que como siempre estaba haciendo gestos burlones ante la gravedad, una mandíbula cuadrada, una nariz ligeramente larga y unos ojos verdes furiosos. El renegado más famoso del Círculo y mi reacio compañero, John Pritkin.

Respiré aliviada y le puse el seguro a la pistola. Conocer a Pritkin era querer matarlo, pero hasta ahora me había resistido a esa tentación.

—¡No deberías acercarte a mí de esa forma tan sigilosa! —le susurré.

—¿Por qué no me disparaste? —me preguntó.

—Me dijiste que no lo hiciera.

—Yo... es que... —Pritkin parecía incoherente en ese momento, así que le puse la punta de la pistola ligeramente en el estómago. Mi intención era solo demostrar que no estaba indefensa, pero en un segundo, estaba pegada contra el lateral de la cripta, el brazo en el que tenía la pistola estaba inmovilizado contra la pared, mi cuerpo estancado entre la dura superficie y había un mago de la guerra muy enfadado. De mala gana admití que podría haber tenido una o dos fantasías que empezaban con este escenario, pero dudaba de que la noche fuera a acabar de la misma forma.

—Sabía que eras tú —le dije antes de que le volviera su capacidad para hablar—. Hueles a pólvora y a magia. —Eso era más cierto que nunca, ya que su abrigo, un guardapolvo de piel gruesa que escondía su colección de armas tenía una mancha grande donde la piel estaba chamuscada y ondulada. Como si se hubiera librado de un hechizo por los pelos.

—¡Todos esos magos ahí fuera! —susurró salvajemente—. ¡Están ahí! ¿Y qué demonios haces aún aquí?

—Tengo el mapa —le recordé.

—¡Dámelo y vete!

—¿Y dejarte aquí solo? ¡Hay una docena!

—Si no te vas ahora mismo...

Levanté la barbilla, aunque había apagado la linterna, así que probablemente no pudo verlo.

—¿Qué? ¿Vas a dispararme?

Me agarró el hombro con la mano, casi me hacía daño. *No tientes al loco mago de la guerra*, me recordé justo cuando una bala atravesó la entrada abierta. Rebotó varias veces en las paredes de la cripta antes de que chocara con lo que quedaba de la Virgen.

—¡Si te quedas aquí mucho más tiempo, no tendré que hacerlo! —susurró furiosamente.

—Cojamos el maldito mapa y larguémonos los dos de aquí —le dije razonablemente.

—Por si no te has dado cuenta, ¡esto era una trampa!

—Maldita sea, ¡ya no se puede confiar en nadie! —El anciano mago francés que habíamos visitado en su linda casita pequeña en el campo parecía de fiar, con su encanto del Viejo Mundo y sus amables ojos, y su asqueroso mapa que nos había enviado a la caza del tesoro desde el infierno. No era justo; se suponía que los tipos malos no se parecían a los abuelos de nadie—. Y Manassier parecía tan...

—Si la siguiente palabra que sale de tu boca es «agradable», te haré la vida imposible cuando volvamos. Completamente imposible.

No me preocupé de empeorar eso con una respuesta. Pritkin era solo... Pritkin. En algún momento había aprendido a adaptarme a eso. A menudo me había preguntado si le había dado al Círculo la mitad de los problemas que yo antes de que rompiera con ellos por su decisión de apoyarme. Si era así, pensarían que me habían dado las gracias por habérselo quitado de encima. A lo mejor planeaban enviar un bonito ramo al funeral.

—Mira, de lo único que estamos seguros es de que algunos magos llegaron aquí antes que nosotros. A lo mejor todos decidieron desvalijar el lugar la misma noche. —La verdad es que no me lo creía; nos habían atacado casi en cuanto llegamos y ni siquiera habíamos encontrado nada aún, pero odiaba abandonar ya nuestra mejor pista. Y dejar que Pritkin la persiguiera solo no era una opción. Tenía el mismo instinto de supervivencia que un bicho en un parabrisas luminoso.

Una mano fuerte ¿me agarró del brazo.

—¡Ay! —señalé.

—¡Dame el maldito mapa!

—De ningún modo.

—¡Eh! —Levanté la vista para ver al fantasma más joven mirándonos fijamente—. En el caso de que lo perdieras, la gente está intentando matarte.

—La gente siempre está intentando matarme —dije irritada.

—De la única forma que vas a morir esta noche es si yo te mato —me dijo Pritkin.

—He tenido relaciones como esta —declaró el fantasma.

—Nosotros no tenemos ninguna relación —murmuré.

—¡Eres más terca que una mula! —Pritkin dejó de despotricar (aunque de todos modos yo no le estaba escuchando) y comenzó a mirar a su alrededor como un loco—. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Quieres decir que le dejas que te hable así y a ti ni siquiera te toca nada? ¡Vaya estafa!

—Nada, solo un par de espíritus —le dije, lanzándole una mirada al fantasma.

—¡Eh! Quédate justo ahí.

—Estoy ofendido por ese comentario —intervino su homólogo—. Somos los dos espíritus más activos de todo este...

—¿Activos? —Una mano bajó por mi brazo, un tacto un tanto dulce como tosco, encallado de sostener pistolas, hacer flexiones y de morder los cuellos de las personas—. ¡Ni se te ocurra! —le dije a Pritkin, luego volví a dirigirme al fantasma—. ¿Cómo de activo?

El fantasma más mayor se estaba acicalando un poco.

—Vemos todo lo que pasa por aquí. Las cosas que te podría contar...

—Así que si hubiera pasadizos escondidos, ¿tú lo sabrías? —pregunté, cuando Pritkin encontró mi muñeca. Un momento más tarde, me había arrebatado el mapa de la mano.

—Aún no me voy —le dije.

—¡Ah! Tú estás tras esta cosa, ¿verdad? —preguntó el fantasma más joven.

Decidí no forcejear con Pritkin para conseguir el mapa, pues no sería digno. Tampoco funcionaría.

—¿Qué cosa?

—La cosa con la cosa. —Meneó una mano negligente. Estaba empezando a sospechar que si uno se muriera borracho, su fantasma sería de esa forma.

—¿Podrías ser un poco más específico? —Antes de que pudiera contestar, llegó un extraño sonido de fuera, un quejido débil y agudo. Sentí una mano en la espalda que me empujó brutalmente hacia el suelo. Al segundo, Pritkin ya estaba encima de mí, aplastándome con una posición fetal mientras las cosas explotaban y llovía fuego a nuestro alrededor.

Durante largos momentos, puntos rojos y violetas bailaron detrás de mis párpados fuertemente cerrados. Había temblores cada minuto en el suelo, como los seísmos de un terremoto y mi piel pinchaba los restos de la energía. Cuando abrí los ojos precavidamente, vi la luz de las estrellas filtrándose desde un agujero enorme en el techo y nubes de piedra desintegrada en el aire.

Pritkin estaba de nuevo de rodillas, disparando a los magos que disparaban de vuelta, disparos que hacían eco en los monumentos altos y compactos como si fueran petardos. La mayor parte del tiempo pensaba que era demasiado rápido para optar por la solución de disparar a alguien y esperar a que se muriera. Otras veces, como cuando alguien estaba intentando hacer un escurridor de mi cabeza, me parecía que estaba bien.

—¡Allí! —ofreció el fantasma más joven, señalando a la derecha—. Venga.

Se puso derecho, ignorando un sendero tortuoso cercano a favor de un atajo a lo largo de los suelos cubiertos de lápidas.

—¡Uno de los fantasmas sabe dónde está el pasadizo! —le dije a Pritkin. Miró sorprendido y yo fruncí el ceño. Solo porque no sabía cómo matar de siete maneras a un tipo con mi codo no quería decir que fuera una inútil.

Parecía que estaba a punto de discutir acerca de la sabiduría de los espíritus confiados al azar o posiblemente acerca de mi sensatez, pero los magos me hicieron accidentalmente un favor enviando un hechizo que explotó con una grieta masiva contra un castaño cercano. El tronco en llamas se cayó, llevándose la mitad de la cripta con él. Por suerte, no era la mitad en la que estábamos nosotros.

—¡Vamos entonces! —gritó Pritkin, cogiéndome la mano y corriendo como si esta hubiera sido su idea todo el tiempo.

—¡Por aquí! —Lo arrastré detrás del fantasma cuando una neblina fresca de balas hacía vibrar los escombros que había detrás de nosotros.

Me resultaba difícil caminar: la tierra empapada se pegaba a mis zapatos a cada paso que daba y la lluvia hacía casi imposible mantener la imagen pálida y parpadeante que tenía delante. Pero Pritkin, ¡maldita sea!, evitaba el recorrido de obstáculos de granito como si él mismo los hubiera puesto allí.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté la cuarta vez que golpeé una lápida muy dura.

—¿Hacer el qué?

—¡Ya lo ves! —le acusé.

—Aquí. —Sentí una mano en la barbilla por una décima de segundo y Pritkin farfulló algo. Parpadeé y de repente todo tenía un aspecto extraño, llano y borroso, como la mala recepción de una televisión. Sombras de hojas se movían por su cara cuando una ráfaga de viento agitó un árbol, salpicando gotas de lluvia sobre nosotros y podía distinguir los bordes de ese ceño familiar.

—¿Por qué no hiciste esto antes? —le pregunté.

—¡Pensaba que te ibas a ir antes!

—Vosotros dos, ¿queréis esto o no? —preguntó el fantasma con las manos puestas en sus caderas inconsistentes. Se había detenido enfrente de la imagen de una mujer con aspecto aburrido inclinada sobre una lápida. Ya había crecido bastante musgo sobre su vestido de granito y era prácticamente verde. Pude descubrir que era verde y viscoso después de que el fantasma me mandara darle tres golpecitos a su rodilla. No pasó nada.

—¿Y ahora qué?

—Tienes que decir la palabra mágica.

—Por favor.

Se rió.

—No, quiero decir, la palabra mágica de verdad para que la estatua se aparte del camino.

Un hechizo explotó en las ramas de un roble que sobresalía y un grupo de hojas en llamas cayó a mi alrededor, amenazando con prenderle fuego a mi pelo.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. —El fantasma se encogió de hombros con negligencia—. No es precisamente lo que necesito.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Pritkin, enviando su completo arsenal de armas animadas a la línea de avance de las formas oscuras. Sus cuchillos se abatían y bailaban, lanzando chispas de sus protecciones con cada paso que daba, pero no parecía que estuvieran deteniendo demasiado a nuestros perseguidores.

—¡El fantasma no conoce la contraseña!

Pritkin me lanzó su mejor mirada de asesino y susurró una de sus extrañas palabrotas británicas. No creo que fuera el ábrete sésamo, pero el hechizo que él lanzó con su siguiente respiración funcionó casi igual de bien. La estatua se abrió a la mitad para descubrir una caverna enorme.

Dentro estaba tan oscuro como un agujero negro perfilado contra el cielo eléctrico. Saqué mi linterna y la encendí, pero apenas se veía nada en la oscuridad. Era incluso peor, no había peldaños, solo una escalera de aros de hierro que descendía hasta un túnel claustrofóbico esculpido en roca sólida.

—He visto a muchos cazadores de tesoros entrar aquí —comentó el fantasma más viejo, flotando a mi lado—, pero pocos vuelven a salir, y los que lo hacen salen con las manos vacías.

—Eso no nos pasará a nosotros.

—Eso es lo que todos ellos dicen —murmuró, justo cuando un hechizo explotó sobre su cabeza. Metí la pistola y la linterna en mi cinturón, agarré el primer aro oxidado y resbalé hacia abajo. Pritkin me seguía prácticamente por encima y tan pronto los dos estuvimos abajo, envió un hechizo de vuelta al túnel que causó un derrumbe.

Bloqueó a nuestros perseguidores, pero también cortó la poca luz que había. Una vez que el estruendo de la roca que se caía se detuvo, nos vimos en un silencio sepulcral y una oscuridad completa. Aparentemente incluso la visión mejorada necesita algo con lo que poder funcionar mejor, porque yo no podía ver nada en absoluto.

Encendí la linterna. Tardé un momento hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz, y cuando lo hicieron, aullé y di un paso atrás. La luz tenue no mostraba mucho: era como si la oscuridad de aquí abajo estuviera hambrienta y se comiera la luz tan pronto como encendía la bombilla. Pero no me hubiera importado haber visto incluso menos. A lo largo de cada lado de un pasillo largo había huesos colocados en pautas por todo el camino hasta el techo bajo. El agua se había filtrado de algún sitio y un montón de calaveras que allí había estaban llorando lágrimas verdes y les estaba creciendo barba verde enmarañada. No les hacía parecer menos espeluznantes.

—Las catacumbas —dijo Pritkin, antes de que yo pudiera preguntar.

—¿Las qué?

—Los parisinos comenzaron a utilizar antiguas canteras de caliza como cementerios subterráneos hace unos cuantos años. —Cogió la linterna y enfocó el mapa frunciendo el ceño—. No creo que se extendieran hasta aquí.

—¿Hasta dónde entonces?

—Si estos túneles conectan con esos en la ciudad, entonces son cientos de kilómetros. —Comenzó a dirigir la luz aquí y allí. Deseé que se detuviera;

iluminó charcos de agua en las fosas vacías de modo que parecía como si las caras se movieran—. Siempre se han contado historias de las catacumbas bajo el Père Lachaise, pero pensaba que eran simples rumores.

Miré fijamente una calavera cercana. No tenía cuerpo, estaba sentada encima de un montón de lo que parecían fémures y estaba perdiendo el hueso de la mandíbula. Pero, de algún modo, parecía que aún estaba sonriendo.

—Me parecen muy reales.

La linterna distinguió un destello de oro, medio quemado en el mortero, manteniendo una línea de huesos en el lugar. Raspé el cemento con el dedo y era tan antiguo que las piezas se desconcharon. El círculo dorado que descubrí no se movía, pero pude verlo mucho mejor. Parecía estar formado de una serpiente que se estaba comiendo su propia cola.

—El uróburo —dijo Pritkin, acercándose detrás de mí.

—¿El qué?

—Un símbolo antiguo de la regeneración y la eternidad.

—¿Cómo una cruz?

—Más antiguo. —Movié la luz alrededor de él un poco más—. La asamblea de brujas de París tuvo que haber creado sus propias catacumbas, seguramente durante la Inquisición. A veces se desenterraban a las brujas y los magos y se mutilaban o se quemaban sus cuerpos. Esto habría sido una manera de prevenir eso.

—¿Quieres decir que esto es un cementerio de magos?

—Posiblemente. Los romanos cavaron las fosas de caliza. Estuvieron aquí durante siglos antes de que las autoridades parisinas decidieran utilizarlas. A lo mejor la comunidad mágica fue quien tuvo primero la idea. —Desde la parte de arriba de la escalera cayó una lluvia repentina de piedra y escombros. Sonaba como si nuestros perseguidores no se detuvieran—. ¿Puedes transportarnos allí? —me preguntó, señalando un vago garabato en el mapa.

Mi nuevo trabajo tenía más inconvenientes de los que pudiera contar, pero también tenía algunas ventajas. Bueno, al menos, una. El poder que vino con el cargo de pitia me permitía transportarme y también a una o dos personas más conmigo en el espacio y en el tiempo. Era un arma condenadamente útil, y hasta ahora, la única que tenía. Pero tenía sus limitaciones.

—No puedo hasta que no sepa adónde vamos.

—¡Tú ya te has transportado antes en el tiempo a sitios en los que nunca habías estado!

—Eso es distinto.

Hubo una avalancha repentina, y un hechizo se estrelló contra el suelo por detrás de nosotros, encendiendo una tormenta de violenta luz blanca. Golpeó las calaveras, haciendo que se agrietaran y se rompieran, luego rebotó en la pared de enfrente, lanzando fragmentos de piedra por todos los sitios como

puñales voladores. Pritkin me protegió de lo peor de la explosión, luego me agarró la mano y me llevó hasta el final del pasillo.

Como ya no iba rebotando contra las paredes, supuse que él aún podía ver algo, pero para mí era una caída precipitada hacia la nada. Él había apagado la linterna, supongo que para que a nuestros perseguidores les resultara difícil seguirnos, pero sin la luz, los túneles estaban tan oscuros que no sabía si mis ojos estaban abiertos o cerrados.

—¿Cómo de distinto? —me preguntó.

—El poder me permite ver otros tiempos, otros sitios; no el presente —le expliqué, estremeciéndome.

Las imágenes de la explosión grabadas en mi retina hacían que formas rojizas saltaran ante mis ojos y seguía pensando que estaba a punto de estrellarme contra algo.

—Si quiero transportarme espacialmente aquí y ahora, tengo que ser capaz de visualizar adónde quiero ir. —Y una línea débil en un mapa no se acercaba ni remotamente a lo que yo necesitaba.

El pasillo se estrechó de repente, hasta el punto de que era imposible continuar uno al lado del otro. Pritkin iba primero, tirando de mí casi a ritmo de carrera. Hacía calor, el aire era bochornoso y el suelo debajo de nuestros pies no era llano. Era obvio por qué alguien pondría aquí un tesoro: sin ninguna dirección clara podrías estar deambulando por aquí durante meses y no encontrar nunca nada.

Pritkin se detuvo, tan bruscamente que choqué contra él. Extendió el mapa en la pared y me dio la linterna. La encendí y vi una escena mucho menos organizada que la anterior: los huesos se habían caído de las paredes y cubrían el suelo, y en algunos casos estaban amontonados en pilas sin el más mínimo intento de orden. A diferencia de los que estaban en el pasillo principal; estos parecían que los habían dejado tirados de cualquier manera. Normalmente no soy muy sentimental sobre la muerte; he visto muchas, pero aún parecía que algo no iba bien. Los amigos y los enemigos, los padres y los hijos, todos mezclados, sin nada que dar a la historia, sin una fecha de muerte, ni siquiera un nombre.

—Ayudaría si alumbraras el mapa con la linterna —comentó Pritkin mordazmente. Así lo hice y la luz también iluminó su cara. Su expresión no era tranquilizadora—. ¿Están tus fantasmas aquí? —preguntó.

—No. Dejaron de seguirnos después de los límites del cementerio. —Y parecía como si los hubiéramos dejado detrás hacía un rato.

—¿Y qué me dices de los otros?

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Porque este mapa no es suficiente! Nos serían útiles algunas orientaciones.

Sacudí la cabeza.

—Estos cuerpos han sido perturbados. Creo que los trajeron aquí desde su lugar original de descanso.

—¿Qué significa eso?

—Que sus fantasmas podrían haber estado detrás. —Sin mencionar que si aquí se habían quemado magos, no habrían dejado fantasmas de todas formas. Que yo supiera, las criaturas sobrenaturales no acostumbraban a hacerlo.

—Pero sus huesos están aquí.

—No importa. Los espíritus pueden atormentar una casa, incluso cuando sus cuerpos no están allí. Todo tiene que ver con lo importante que sea para ellos en vida el lugar donde sienten una conexión. —Miré a mi alrededor y reprimí un escalofrío—. Yo tampoco creo que me sintiera realmente conectada a este lugar.

Pritkin por fin se decidió por una dirección y volvimos a irnos, deslizándonos por huecos en la roca que, a veces, apenas eran bastante grandes para mí. No sé cómo podía pasar él, pero deduje de los comentarios que murmuraba y que lograba escuchar desde atrás que no lo hacía sin perder algo de carne. Finalmente llegamos a un pasillo ligeramente más ancho, lo que significaba que aún teníamos que ir en fila, pero que podíamos coger velocidad. Por un minuto pensé que habíamos logrado perder a nuestros perseguidores, pero como siempre, se cumplió la Ley de Murphy.

Llegamos a toda prisa a una esquina para toparnos casi directamente con un grupo de figuras oscuras. Había gritos, disparos y hechizos, y uno de estos últimos explotó contra las protecciones de Pritkin, reventándolas como las pompas de jabón al calentarlas.

—¡Corre! —me dijo gruñendo. Escuché ruidos sordos, como truenos distantes y luego el techo se vino abajo con un estruendo que consumió el mundo.



Tardé dos minutos en darme cuenta de que aún no estaba muerta. Estaba de cuclillas protegiéndome la cabeza con las manos, esperando un ataque, pero el pasillo estaba tan silencioso como la tumba que era. Las únicas personas que estaban a nuestro lado estaban unidas con cemento a las paredes o quemadas bajo el montón de escombros que su propio hechizo había derribado sobre sus cabezas. Me desplomé hacia atrás y me caí en el suelo, respirando irregularmente e intentando no chillar.

Después de un minuto, busqué a tientas mi linterna y mi mano se cerró sobre un cilindro de plástico frío. Me sentí aliviada al ver que aún funcionaba y vi a Pritkin echado de lado. No se movía y tenía sangre corriendo por su barba de tres días, brillante y aterradora. *Murphy y su pequeña ley se pueden ir al infierno*, pensé con furia, sacudiéndole frenéticamente.

—¿Serías tan amable de dejar de hacer eso? —me preguntó de manera educada.

Me quedé mirándolo fijamente. No estaba del todo segura, pero un John Pritkin educado podría ser una señal del apocalipsis.

—¿Te golpeaste la cabeza? —Me intenté acercar a él para verle mejor y mi rodilla le lanzó accidentalmente una lluvia de piedras a la herida profunda y sangrienta que tenía en la frente.

—Si te digo que estoy bien, ¿dejarás de intentar ayudarme? —Todos los músculos de mi cuerpo se relajaron con ese tono tan familiar, la crispación y su seca impaciencia. Eso estaba mejor, eso era terreno conocido.

—¿Así que estás vivo? —le pregunte con voz ronca.

—Maldita sea, sí.

Sin embargo se quedó allí tumbado, así que alumbré con la linterna a mi alrededor, dándole un minuto. Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que estaba viendo exactamente. Obviamente había vuelto a alzar sus protecciones porque brillaban, azules y acuosas, ondulándose lentamente bajo el haz amarillo, pero el techo de la cueva ya no estaba sobre ellas; o, para ser más precisa, estaba allí, solo que ya no estaba pegado a nada.

Bloques enormes, labrados a medias, algunos que aún soportaban marcas antiguas de cincel, yacían encima de las protecciones tan repentinamente finas. Cada vez que se doblaban, se deslizaban pequeñas lluvias de escombros y polvo en la parte de arriba y goteaban por los laterales resonando en el silencio como suaves susurros. Las piezas grandes no tenían adónde ir, pero se movían lo bastante como para que fuera obvio que no estaban sujetas a nada. Incluso los pequeños pedazos del tamaño del adoquín nos harían mucho daño si se cayeran sobre nosotros y ni siquiera me pregunté lo que harían los grandes con nosotros: dos magos lo demostraban de manera sangrienta apenas a unos metros de distancia.

Podía haberme estirado y haberlos tocado justo donde ellos estaban atrapados entre la protección y el derrumbe. Sus cuerpos estaban extrañamente contorsionados, atrapados entre la roca y los escombros como antiguos fósiles; sus ojos abiertos brillaban en la luz que los reflejaba. Excepto que los fósiles normalmente no vienen completos con la prueba de cómo se han convertido en eso, al menos no con el brillo de tecnicolor.

El blanco con rayas rojas del hueso destrozado de nuevo resaltaba fuertemente contra el dorado tenue de los especímenes más antiguos. Una mano estaba apoyada contra el azul de la protección, atrapada en un gesto de defensa, como si la fuerza humana se pudiera mantener contra el peso de una montaña. Me hizo preguntarme durante un momento de locura si también aparecería la próxima vez que Pritkin levantara sus protecciones, si dejaría un contorno rojo.

De repente sentí el aire mucho más pesado en mis pulmones. A pesar del gran número de cosas imposibles que me habían pasado últimamente, parecía que mi cerebro no acababa de asimilar lo ocurrido. Estaba insistiendo en alto en que los grandes bloques de roca que pesaban quizá una tonelada cada uno no se sostenían en el aire y que los dos íbamos a morir en cualquier segundo.

Solté un pequeño sonido asfixiante, pero logré tragarme la burbuja de histeria antes de que pudiera reventar. Si Pritkin hubiera puesto la protección hacia arriba un segundo más tarde, en lugar de dos, habría cuatro cuerpos nuevos sepultados allí. Pero no fue así. Estábamos a salvo. Más o menos.

Pritkin se había dado la vuelta y me estaba mirando fijamente, con intensidad y concentrado.

—Esto es exactamente por lo que te dije que te fueras a casa.

—Tengo una respuesta devastadora para eso —le informé con dignidad.

—No, justo ahora no.

—¿Quieres abandonar? —parpadeé. Podía contar el número de veces que él me había pedido opinión: ninguna—. Porque es casi seguro que haya más ahí fuera.

Me acordé del fantasma diciendo que había doce magos en total; lo que significaba que detrás de ese derrumbe de montaña, aún había diez más merodeando, a menos que estuvieran atrapados en algún sitio que no podía ver. O a menos que se hubieran ido, suponiendo que el derrumbe nos había matado. Pero no, no había tenido esa suerte.

—Tú sabes lo que está en juego —le recordé.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso. —Pritkin se incorporó hasta ponerse de rodillas con un gruñido. Los escombros se movieron con él, tanto que otro bloque grande se cayó.

La voz de Pritkin, unida a su acostumbrada impaciencia, me cortó el pánico:

—Vamos.

—¿Vamos? —sonó más a un chillido de lo que yo pretendía—. ¿Cómo? Porque yo puedo hacer que nos transportemos a casa, pero no más allá de aquí. No sé lo que hay al otro lado ni tan siquiera dónde está el otro lado...

—Tan solo quédate cerca. —Antes de que él hubiera acabado casi de hablar, sus protecciones habían cambiado de olas fluidas a cristal duro, reflejando el derrumbe a través de cientos de facetas cortantes. Se cayeron unas pocas rocas más, lo que causó que llovieran más desde la parte de arriba y se eliminara la superficie nueva y rígida con ruidos sordos. Pritkin comenzó a gatear hacia adelante y sus protecciones con él, llevándome casi en volandas antes de que me espabilara y me pusiera a su lado detrás de él.

No fue hasta que vi el cuerpo de uno de los magos deslizándose de lado y rodando detrás de nosotros cuando me di cuenta de lo que estaba pasando en realidad. Nuestra pequeña pompa se estaba abriendo camino entre las rocas y la mugre era como un topo de cristal que estaba intentando hacer una nueva madriguera. Golpeamos una pared una vez, buscando una entrada que no estaba allí, pero la encontramos a unos pocos pies a la izquierda y la rompimos; la cueva se estaba derrumbando detrás de nosotros.

Pritkin dejó caer sus protecciones con un suspiro audible, y el polvo que habíamos causado con nuestro escape nos inundó, casi me cegó. Seguimos adelante para escapar de la nube asfixiante que no tenía manera de dispersarse en una zona sin viento o sin aire. Pero antes de que hubiéramos avanzado diez metros, nos encontramos con lo que parecía ser otro derrumbe.

Cuando pestañeé para quitarme el polvo de los ojos, me di cuenta de lo que estaba viendo. Un túnel estrecho se extendía enfrente de nosotros, cubriendo desde la mitad hasta el techo lo que parecía una milla de huesos. Pritkin escaló hasta la cima de la masa de humanos rotos mientras iluminaba con la linterna alrededor.

—Hay un agujero en la pared allí arriba. Seguramente nos lleve hasta otro túnel.

Miré la pila de huesos inquieta. Todo lo que haya estado muy cerca del aura de una persona acaba dejando su impronta parapsicológica. Había vivido otras historias de terror por haber tenido el más leve contacto, sin darme cuenta, con un desencadenante poderoso. Y no podía pensar en un desencadenante más poderoso que una parte de cuerpo real.

—¡Deprisa! ¡Maldita sea! —Pritkin me tendió una mano mientras el sonido de las voces hacía eco débilmente desde el pasillo que había detrás de nosotros. Alguien había escuchado nuestra salida.

Me levanté con cautela, antes de que pudiera pensarlo demasiado. Los huesos eran viejos y estaban secos y crujían asquerosamente bajo mi peso. Muchos se astillaban, enviando pequeños cuchillos a las palmas de mi mano y rajando mis pantalones, pero no había destellos parapsicológicos. El moverlos tenía que haber acabado con cualquier huella que hubieran formado.

Cuando Pritkin había hablado de un agujero en la pared, no estaba bromeando. A duras penas logré deslizarme a través de ese hueco y por su manera de maldecir parecía que él se había dejado allí una buena porción de piel.

—¡Muévete! —me susurró, dándome un empujón en los riñones. Entré gateando en la pequeña caverna hecha de roca, llegué hasta el otro lado del agujero y casi tiro abajo unas escaleras que comenzaban a solo unos cuantos pies de allí.

El hueco de las escaleras claustrofómicamente bajo era de lo menos atractivo. Tan solo veía la oscuridad que se juntaba en cada hueco y en cada esquina. La verdad es que no quería ir allí. Entonces, un hechizo golpeó el techo detrás de mí y causó una grieta como un disparo de un cañón; lo reconsideré y empecé a gatear por las escaleras delante de Pritkin.

Lanzaron un segundo hechizo mientras aún estábamos en los escalones. Siguió y siguió, como una explosión de una bomba a cámara lenta, causando que la gravilla salpicara mis manos y el cuello como si fuera granizo. Me lanzó escaleras abajo, pero las vibraciones subían por las piernas y hacían casi imposible encontrar un punto de apoyo. Y después ya no importó, pues que no había ningún punto de apoyo que pudiera encontrar. La roca se desintegró debajo de mis pies y caí en la oscuridad, en el aire vacío, antes de frenar en agua congelada.

Tardé un momento en darme cuenta de que no me estaba ahogando. El agua me llegaba solo hasta la cadera, pero era como hielo y el frío se lanzó directamente a mi columna vertebral. Pero lo peor era la ya familiar nube de polvo que me estaba atrapando en una neblina asfixiante. Me agité haciendo ruido con el agua para alejarme del derrumbe, intentando respirar, y me encontré pisando agua. Agarré una calavera cubierta de musgo que sobresalía de la pared, mis dedos encontraron un asidero en los huecos de sus ojos. Me

agarré, demasiado agradecida para encontrarlo repulsivo en ese momento, respirando entrecortadamente y dando grandes bocanadas de aire.

—¡Pritkin! —Apenas era un chillido, pero un momento más tarde la luz de la linterna me dio en los ojos dejándome ciega.

—¿Sigues viva?

Intenté contestar, pero mis pulmones decidieron que sería un buen momento para expulsar toda la materia extraña que había respirado y acabé teniendo arcadas y asfixiándome. Perdí el agarre en el hueso viscoso, resbalé y caí en el agua congelada. Durante un momento largo y aterrador, estuve perdida en un interminable mar de oscuridad que inmediatamente me congeló hasta la médula. Luego, dos manos anchas empezaron a buscar a tientas un agarre en mis hombros y me echaron para atrás hacia la superficie, recordándome dónde estaban el arriba y el abajo.

—¡Señorita Palmer!

Escupí una bocanada de pasta de caliza, el resultado de agua aceitosa mezclado con polvo y jadeé.

—¡Demonios, sí!

Pritkin asintió con la cabeza e iluminé alrededor con la linterna, vislumbrando un pasillo donde el suelo se ondulaba extrañamente y de repente todo eran sombras grises y pálidas, y tremendamente verdes. Parecía que todos los niveles más bajos se habían inundado. Sabía nadar, pero no me entusiasmaba la idea de navegar por una corriente oscura subterránea con apenas suficiente altura para poder respirar.

—Yo me encargaré de esto —dijo Pritkin con tono grave—. Transportate fuera de aquí.

—¿Y si continúan viniendo?

—Ya me las apañaré.

Y me llamó terca. Inspiré otra vez para informar a mis pulmones de que la asfixia tendría que esperar y me dirigí hacia la inundación.

—Simplemente nada.

Pritkin no contestó, al menos que las palabrotas contaran, aunque eso podía haber sido debido al hechizo que golpeó el agua por detrás de nosotros, subiendo instantáneamente la temperatura de fría a hirviente. Chillé y el pensamiento coherente desapareció. No pensé, tan solo le agarré la mano y me transporté.

Un segundo más tarde, aterrizamos en el mismo pasillo, pero sin nube de polvo, sin magos y sin ninguna inundación. Antes estaba pisando agua, así que ahora solo aparecí a unos pocos pies del suelo. Por desgracia, Pritkin había estado flotando y cayó un poco más lejos. Como a unos seis pies.

Golpeó el suelo rocoso con un ruido sordo, una maldición y un crujido, este último proveniente de la desaparición de la linterna. Intenté preguntarle cómo

estaba, pero sentí una punzada en el costado y, durante un largo momento, me fue imposible hacer llegar el oxígeno a los pulmones. Me deslicé por la pared para sentarme ya que de repente mis rodillas se sentían demasiado débiles para poder fiarme de ellas.

—¿Qué pasó? —jadeó Pritkin después de un momento. Sin linterna y sin hechizos mortales moviéndose rápidamente alrededor, todo estaba muy oscuro. Pero por la procedencia de su voz, parecía que seguía en el suelo.

—He hecho que nos transportemos atrás en el tiempo —conseguí chillar.

Decidí que probablemente no estaba bien que aún me sintiera débil y con náuseas a pesar de estar tan cerca del suelo y completamente inmóvil. No podía imaginarme qué es lo que había salido mal. Solo me había transportado dos veces ese día: una vez para llevarnos a París desde la casita de Manassier y otra, justo ahora; aunque estaba agotada. Parecía que traer a otra persona conmigo sacaba mucho de mí. Lástima que nadie se hubiera preocupado de darme el manual.

—¡La próxima vez dame un pequeño aviso!

—De nada.

—¿En qué momento estamos?

Escupí más polvo con sabor a cal. Ahora ya sabía por qué Lara Croft siempre llevaba una cantimplora. Mi cuerpo estaba empapado, pero tenía la garganta seca. Tragué seco repasando el Rolodex mental que me da mi poder.

—Mil setecientos noventa y tres.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Porque no quería sentirme cocida viva?

—Nos podías haber transportado un día atrás, ¡una semana! ¡Esto no sirve para nada!

Claro, pensé amargamente. Lara Croft también tendría algún tipo de técnico agradable para sacarle de todo esto. Y un compañero que no fuera un gilipollas. Me levanté con cuidado y, para mi sorpresa, me di cuenta de que solo estaba ligeramente mareada. Forcé los oídos, pero todo lo que escuchaba era mi propia respiración agitada y un goteo débil, un goteo de agua que procedía de algún sitio.

—Vamos —dije, buscando a tientas hasta que encontré la mano de Pritkin. Su piel estaba fría por el agua y su pulso era rápido pero no estaba mal. No, por ejemplo, como el mío, que parecía que podía reventar una vena. Necesitaba asegurarme de que no tenía que volver a transportarme en algún momento que fuera pronto. Como por ejemplo en toda la semana.

Pritkin se encontraba donde estaba antes.

—¿Ir? ¿A dónde?

—¡A encontrar el Códice! Pensé que podría estar bien buscarlo sin que nadie nos esté disparando para variar.

—Una idea excelente, excepto por la pequeñez de que la asamblea de brujas es una de las más antiguas de Europa. Podrían haber abandonado esta instalación en nuestra época, pero en esta, sin duda había magos por todos sitios. Sin mencionar los cepos y las trampas. Si aún no nos hemos tropezado con una zona de protección, ¡pronto lo haremos!

—¿Tienes otra sugerencia?

—Sí. ¡Transportarnos fuera de aquí! —Incluso en la completa oscuridad, estaba segura de que podía ver su mirada feroz.

Tomé aliento, más molesta de lo que podía recordar; bueno, a decir verdad, más molesta que antes de conocer a John Pritkin.

—¿Por qué no pensé en eso?

—Tú te has transportado muchas veces antes en un solo día.

—Y antes acabó conmigo.

—Nunca lo habías mencionado.

—Nunca lo preguntaste.

Hubo una pausa corta.

—¿Estás bien?

—Sí, de maravilla. —La verdad es que odiaba su sugerencia, pero no se me ocurría una mejor—. Al menos vamos a despejar el pasillo primero —le dije comprometiéndome—. Luego, intentaré ponernos allí un poco antes, antes de que empiecen los fuegos artificiales.

Tardamos una eternidad en bajar ese pasillo, no por la oscuridad, sino porque Pritkin estaba seguro de que alguien estaba a punto de lanzarse sobre nosotros. Pero los únicos problemas eran los de siempre: el calor, el aire y la concentración para intentar no caer en el suelo desnivelado o rasparnos un poco más de piel en la pared. Por fin llegamos a una bifurcación en el camino y Pritkin se detuvo.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto?

—¿Cuál es tu plan si te digo que no?

—Esperar aquí hasta que digas que sí.

—Entonces supongo que estoy lista. —No tengo claustrofobia, pero la verdad es que me estaba cansando de esos túneles. Le agarré la mano más fuerte, concentrándome en nuestra era y nos transportamos.

Esta vez el mundo se derretía lentamente a nuestro alrededor, como pintura disolviéndose en el agua, desprendiéndose en lentos goteos. No suelo sentir el paso de los años, solo siento una caída libre ingravida que termina en el momento en el que había planeado estar. Esta vez sí lo sentí. La realidad nos envolvía en ondas nauseabundas, impalpables y etéreas. De pronto, estaba agradecida por no ver, porque lo que llegué a sentir era terrorífico: durante un buen rato, fui una corriente desgarrada de átomos dislocados, violentamente privada de conciencia, con un cuerpo tan alargado que no tenía ni principio ni fin.

Luego volví en mí de nuevo, solo para volver a comenzar con el proceso. Había fragmentos de conversaciones, unas pocas notas de música y lo que sonaba como otra explosión o derrumbe, todo en una sucesión rápida, como si alguien anduviera toqueteando una radio demasiado deprisa. Y por fin me di cuenta de lo que estaba pasando. Este viaje no había sido un salto largo, sino que había sido una serie de saltos más pequeños, con nosotros saltando de un tiempo a otro como si nos dirigiéramos lentamente hasta nosotros mismos.

Pude sentir el tiempo, y era pesado, como nadar a través de melaza. Pasar por los siglos era como correr una maratón. En la oscuridad. Con pesos atados a mis piernas.

Cuando por fin salimos, fue como sentir el oxígeno cuando te ahogas: impactante, inesperado, milagroso. Suponía que iba a aparecer debajo del agua, pero aparentemente habíamos pasado la zona de la inundación, porque tropecé contra una pared en su mayor parte seca. Me senté repentinamente, inclinando la cabeza hacia atrás, tragando un suspiro tan fuerte que hizo que me mareara.

Pritkin gateó para apoyarse en una pared cerca de mí.

—¿Estás bien?

—Deja de preguntarme eso —le dije. Luego tuve que quedarme completamente inmóvil para ocuparme de las náuseas. Era como si mi estómago hubiera ido un par de segundos por detrás del resto de mi cuerpo y cuando lo alcanzó, no se alegró mucho de estar allí.

—Me tomaré eso como un sí.

Tragué, aún sabía a polvo, y me dije a mí misma que vomitar sería muy poco profesional.

—Sí. Es solo que... la curva de aprendizaje puede ser un poco difícil.

Después de unos cuantos minutos de estar sentada tranquilamente con los ojos cerrados, logré relajarme y comenzar a respirar con regularidad.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Pritkin—. Yo podría...

—No te podría sacar de aquí ahora mismo ni aunque mi vida dependiera de eso —le dije sinceramente.

—Tu poder no debería fluctuar así —me dijo; noté desconcierto en su voz.

—El poder no fluctúa. Mi habilidad para canalizarlo es la que lo hace. Cuanto más cansada estoy, más difícil se hace.

—Pero no debería ser tan difícil —repitió Pritkin obstinado—. Mi poder no...

—¡Porque es tuyo! —Maldita sea, justo ahora no tenía aliento para una de nuestras interminables discusiones—. Este no es mío. No nací con él. Es un préstamo, ¿te acuerdas?

El poder se había originado con la pitia que había sido la sacerdotisa de un anciano que se hacía llamar Apolo. Lo vi tan solo una vez, cuando me había

prometido entrenarme. Hasta ahora, le había prestado a esa promesa la misma atención que le había prestado a mis objeciones acerca de recibir el cargo: ninguna. Por desgracia, no tenía ningún sitio más adonde ir.

A diferencia de la mayoría de las pitias a las que se les había entrenado completamente durante una década o dos para su puesto, mi introducción había durado unos treinta segundos; el tiempo suficiente para que la última titular del cargo me diera el poder a mí antes de morir. Y todos los demás que me podrían haber dado algún consejo estaban bajo el control del Círculo.

Nos quedamos allí sentados en silencio durante un rato. Finalmente reuní las fuerzas para quitarme los zapatos y lanzar mis calcetines empapados contra la pared lejana, en donde aterrizaron con un sonido de trapos mojados. No fue de mucha ayuda ya que me tuve que volver a poner los zapatos mojados.

—Antes de que completaras tu ritual para convertirte en pitia, tu poder controlaba cómo y dónde se manifestaba —dijo Pritkin, mientras que yo, con un gran esfuerzo, lograba ponerme en pie. Me había quedado casi dormida por segunda vez sobre su hombro, con la ropa mojada, el suelo duro y todo—. ¿Es así?

—Sí. Solo me dejaban sentarme en el asiento del conductor después de comprar el coche, por decirlo de alguna manera. —Lo que era mejor a que me lanzaran a otro siglo cada vez que me daba la vuelta para arreglar lo que fuera que estaba a punto de joderse, normalmente sin tener ni idea de lo que podría ser.

—Entonces tienes que empezar a controlar tu resistencia. De lo contrario, podrías verte atrapada en otra época o tu sistema se podría poner a prueba, y posiblemente terminaría haciéndote mucho daño.

—¿No me digas? —Salí hacia el pasillo, sentí los pies como si estuvieran recubiertos de cemento—. No se me hubiera ocurrido nunca a mí solita.

—Te lo digo en serio. —Pritkin me cogió del brazo, en su parte favorita, justo por encima del bíceps. Seguramente algún día tendría allí la hendidura permanente de sus dedos—. Tienes que comenzar a experimentar para descubrir tus límites. ¿Cuántas veces puedes transportarte antes de que te quedas agotada? ¿Ha sido más agotador retroceder en el tiempo las últimas veces? ¿Qué otros poderes tienes sobre el tiempo?

—Si no dejas que nadie se suba a caballito, tres o cuatro, dependiendo de lo cansada que esté para empezar; ¡maldita sea! Sí; y la verdad es que no lo quiero saber —le respondí en orden a sus preguntas—. ¿Ahora podemos ocuparnos de la crisis actual, por favor, y dejar las preguntas para después?

Pritkin se calló, pero con un silencio significativo que indicaba que esto no se había acabado. Le dejé dándole vueltas mientras yo me concentraba en no pegármela contra nada. Nos dirigimos a otro pasillo oscuro y polvoriento.

Por fin encontramos el depósito; fue tan simple como encontrárnoslo; o, para ser más precisa, chocamos con la puerta oxidada de hierro que bloqueaba la entrada. Me eché atrás unos cuantos pasos mientras Pritkin correteaba. Escuché una cerilla y de repente pude ver. La luz amarilla acuosa se filtraba hacia afuera desde una pequeña linterna puesta en un nicho, permitiéndole comprobar la zona por si había trampas. No encontró ninguna, lo que parecía que le preocupaba más que si las hubiera encontrado.

—¿Qué pasa? Manassier dijo que este sitio estaba abandonado.

Pritkin se pasó la mano por el pelo, que a pesar del sudor y del polvo de la caliza aún actuaba como una entidad independiente.

—¿Puedes transportarnos todavía?

—Quizá.

—Si algo va mal, tienes que transportarte inmediatamente, ¿lo entiendes?

—Claro.

Pritkin me lanzó una mirada desconfiada y yo le devolví el mejor de mis gestos amables. Me había preguntado si lo entendía y yo le había dicho que sí. No habíamos quedado en nada.

Pasó el dedo por el mecanismo de la puerta, atravesando una pulgada de polvo y suciedad. Algo hizo un ruido seco y él se echó hacia atrás antes de empujar la puerta con el pie. La puerta se abrió sin resistencia; pero él dudó en el umbral.

—No me gusta. Es demasiado fácil.

Yo personalmente pensaba que lo fácil estaba bien. De hecho, era la primera vez que nos encontrábamos con algo fácil.

—A lo mejor nuestra suerte está cambian...

Pritkin entró en la habitación y desapareció con un sonido ahogado.

—¡Pritkin! —No hubo respuesta. Me arrodillé en el umbral, pero no había nada que ver: solo una pequeña cueva vacía, sin salida y sin ningún mago.

Me agarré fuertemente a las barras de hierro de la puerta y alargué la mano. Mi mano no encontró nada aparte de caliza polvorienta que medía como medio metro y que luego desaparecía en el suelo. Eché el brazo para atrás, pero no parecía que estuviera dañado. Una ilusión, entonces.

Me estiré en el suelo, cerré los ojos y me incliné hasta tal punto que mi frente hubiera golpeado la roca si es que realmente hubiera habido un suelo allí. Cuando no lo hizo, abrí los ojos en la oscuridad. Después de un momento, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y me mostraron unos dedos sucios, blancos y tensos agarrándose a un fragmento de caliza tres o cuatro metros más abajo. Eran de humano y debajo de ellos, casi fuera del alcance de mi vista, había una cabeza puntiaguda y familiar.

—Coge mi mano y haré que nos transportemos fuera de aquí —le grité, esperando que de verdad pudiera hacerlo. Levantó la cabeza rápidamente.

—¿Qué es lo que te acabo de decir? —preguntó Pritkin.

—Hola, soy Cassie Palmer. ¿Nos conocemos?

Una frialdad de acero penetró la repentina suavidad de su tono.

—Señorita Palmer. Apártese del borde. Ahora.

—No me voy a caer —le dije irritada.

—¡Tampoco iba a hacerlo yo! Hay algo aquí abajo. —No podía ver muy bien la cara de Pritkin, solo veía una imagen borrosa pálida en las sombras, pero no parecía muy contento. Algunas personas pensaban que él solo tenía una manera de estar: cabreado. En realidad, tenía muchísimas de esas. En las últimas semanas había aprendido a distinguir entre cabreado de verdad, cabreado impaciente y cabreado asustado. Sospechaba que de esta última era cómo él se encontraba esta vez. Si era así, ya éramos dos.

Esa impresión ganó intensidad cuando él maldijo y disparó varias veces a algo en la oscuridad. El olor débil y amargo de la pólvora flotó hasta mí cuando me moví hacia adelante, manteniendo las piernas extendidas y esperando que si distribuía mi peso sobre una superficie más grande, no causara ningún deslizamiento de rocas. Me estiré hasta que oí algo que saltaba hacia mi hombro, pero ni siquiera estaba lo bastante cerca de él. Y si no lo podía tocar, no podía transportarlo.

Me mordí el labio y miré fijamente al suelo que no estaba allí. Era un tanto extraño verlo desde este ángulo, como si la superficie del océano se hubiera manchado con suciedad y guijarros. No me ayudaba a concentrarme, así que me eché hacia atrás, me senté y en lugar de eso me quedé mirando fijamente la parte de arriba.

Hubo un tiempo en que mi reacción a las cosas que me asustaban había sido la de correr y esconderme. Era una estrategia eficaz para mantenerme con vida en los buenos tiempos en los que por todo lo que tenía que preocuparme era por un vampiro homicida. La diferencia entre entonces y ahora era que en aquel tiempo había tenido problemas que realmente podía dejar atrás. Ahora tenía obligaciones y responsabilidades, el tipo de cosas que siempre está contigo. Había alrededor de una docena de pesadillas intentando obtener el puesto ganador cada día; cada una de ellas era espectacularmente horrible a su manera. Y justo en lo alto de la lista estaba el miedo que tenía y ver cómo un amigo se moría intentando ayudarme.

De repente me alegré por no poder ver el fondo.

La roca se desmoronó bajo mis dedos mientras me deslizaba a un lado; o a lo mejor era que mis manos estaban temblando. Una cascada de piedras pequeñas desaparecieron más allá de la ilusión y algunas de ellas tuvieron que haber golpeado a Pritkin, porque le escuché maldecir de nuevo.

—¿Qué demonios estás...?

—Más terca que una mula, ¿lo recuerdas? ¿Y puedes ver mi pierna?

Estaba cogida al borde del abismo con los brazos y codos, y aún seguía increíblemente inmóvil. No miré abajo, pero durante unos segundos, me esforcé en escuchar las piedras golpeando el suelo; no escuché ni una.

Intenté palpar con el pie sin caerme abajo, pero solo me encontré con aire. *Maldita sea, ¿y si necesitara tocar piel desnuda? ¿Por qué no había pensado antes en descalzarme?* Intenté quitarme un zapato, pero el agua había hecho que mis zapatillas de deporte encogieran y estuvieran pegadas a mis pies.

—Coge mi tobillo.

Un montón de cualquier cosa, menos lenguaje amable, hizo eco en las paredes.

—¡No puedo agarrar nada sin hacerte caer!

—¡Tienes dos brazos!

—Escúchame. —La voz de Pritkin fue baja y controlada, el tono que solía utilizar cuando pretendía ser razonable—. No puedo soltar el arma. Hay algo aquí abajo. Me empujó hacia dentro. Se podría aburrir conmigo en cualquier momento e ir tras de ti. Tienes que... —Dejó de hablar con el sonido de tiros y explosiones y pies embotados haciendo eco en la parte de abajo del pasillo—. ¡Transportate, maldita sea!

—¡Agárrate a mi pierna!

Me asomé hasta el punto de que mi cabeza apenas estaba sobre la parte de arriba del abismo, pero aún no tocaba nada. La maldita roca se estaba abriendo debajo de mis dedos y el sudor por los nervios hacía que mis manos fueran resbaladizas. Mis brazos enviaban pequeños dolores cortantes hasta los hombros y no había ningún apoyo para mis pies en ese lado del abismo. *¿Demonios, a cuánto estaba él de distancia?*

Y entonces, eso ya no era importante, porque un par de pies embotados se detuvieron justo delante de mis ojos. Estiré el cuello lo bastante como para ver a un hombre mayor con pelo entrecano y ojos grises pálidos sonriéndome. Manassier. Bueno, eso ya explicaba bastante.

—No pensaba que fueras a llegar tan lejos —me dijo con su acento marcado. Y pensándolo, solo esa tarde, lo hubiera encontrado atractivo.

En algún momento me había mordido la lengua tan fuerte que sabía a cobre. Tragué sangre.

—¡Sorpresa!

Él se encogió de hombros.

—No importa; aun así, recojo la recompensa.

—¿Hay una recompensa?

—Medio millón de euros. —Su sonrisa se hizo más grande—. Estás a punto de hacerme rico.

—¿Medio millón? ¿Te estás quedando conmigo? Soy la pitia. Valgo mucho más que eso.

Sacó una pistola, una Sig Sauer P210, que reconocí debido a las clases de tiro que Pritkin me había estado dando. Mi puntería no había mejorado mucho, pero ahora podía identificar todos los tipos de armas. Incluso la que estaba a punto de matarme.

—Soy un hombre simple —dijo Manassier—, con necesidades simples. Con medio millón me bastará.

Parecía que me había tocado un criminal sin avaricia. Me tragué un loco impulso por reírme.

—No tienes que dispararme —respiré entrecortadamente—, de todas formas no puedo aguantar mucho más.

—Sí, pero si resbalas, el Círculo podría decir que te moriste por causas naturales y no me pagarían la recompensa. Y entonces todo esto no habría servido para nada.

—Sí, eso sería una pena.

Le quitó el dispositivo de seguridad a la pistola.

—Ahora estate tranquila y esto no te dolerá.

—Eso sería un buen cambio. —Parecía que mi cuerpo pesaba una tonelada, mis brazos estaban hechos polvo del cansancio y me dolían las articulaciones de los hombros. Sería un alivio tan solo dejarme caer.

Y así lo hice.

Le escuché gritar algo en francés y sentí una bala pasar al lado de mi cabeza, pero no tenía importancia porque estaba cayendo y no había nada a lo que pudiera agarrarme, solo suciedad deslizante y rocas de caliza desmoronándose debajo de mis manos. Sacudí los brazos con furia, agarrando la única cosa que tenía que encontrar, pero durante un segundo interminable, solo sentí aire. Luego mis dedos chocaron con algo caliente y vivo y lo agarré, y después los dos estábamos cayendo. Hubo una ráfaga vertiginosa de aire; mi poder no funcionaba y todo lo que podía pensar es que yo misma nos mataría a los dos; luego recuperé la conciencia y mi corazón intentó detenerse; la realidad giró y se curvó a nuestro alrededor.

Y caímos en un vestíbulo de un casino a medio mundo de allí.

No lo había calculado demasiado bien debido a toda esa cosa del terror absoluto, así que caímos desde casi metro y medio de altura. Pritkin dio en el suelo primero, con un gruñido de reproche y conmigo agarrada a su espalda. Y luego todo se volvió increíblemente tranquilo durante un minuto, como siempre pasaba cuando sobrevivía a algo extremadamente peligroso y completamente estúpido. El hecho de que reconociera el fenómeno seguramente significaba que ya había pasado demasiadas veces. Me quedé allí tumbada temblando, escuchando un recrudecimiento en el parloteo educado de los invitados sin preocuparme por nada. Todo lo que podía pensar es: *¡Gracias a Dios! No hice que nos matáramos.*

Después de un momento de confusión, tosí fuerte y me quité de encima de Pritkin. Tenía la cara llena de polvo, las palmas de mis manos raspadas; jadeaba y cojeaba. Algunos músculos se contraían con espasmos, agarrotándose con un dolor agudo y luego se relajaban. Tenía ganas de romper a llorar y gritar de alegría a un tiempo.

Por fin Pritkin gimió y se irguió. Estaba pálido y sudaba copiosamente con el pelo húmedo pegado a la frente. Tenía cortes en la cara y en las manos, y quemaduras en el antebrazo.

Quería tocarlo, volverme a asegurar que los dos habíamos sobrevivido de verdad, pero no me atreví. Una chica podría perder la mano de ese modo. Así que, en lugar de eso, me quedé mirándolo fijamente, tan contenta de estar viva que apenas notaba mi espalda dolorida, mis brazos temblorosos y mi feroz dolor de cabeza.

—Ha sido divertido —dije con voz ronca—. Sí, sí, divertidísimo.

Pritkin tiró de mí hasta sentarme, una mano sucia y cicatrizada me agarró la nuca.

—¿Estás bien? —Su voz era aguda y cortante, ligeramente sobrecogida por el pánico.

—Te dije que dejaras de preguntarme...

Me sacudió y, a pesar de hacerlo solo con una mano, hizo que mis dientes repiquetearan.

—Si alguna vez vuelve a pasar algo como esto, ¡me dejas atrás! ¿Entiendes?

Hubiera discutido, pero me estaba sintiendo un poquito conmocionada por alguna razón.

—No soy buena abandonando a la gente —dije finalmente.

Una persona de la recepción salió corriendo hacia nosotros, con el maletín de primeros auxilios en la mano, pero Pritkin gruñó al pobre chico y rápidamente se volvió atrás.

—Entonces, ¡aprende a serlo!

Empezó a dar pisotones fuertes, cojeando, medio de lado.

—De nada —murmuré.